

# DE LA DIVERSA ÍNDOLE

DEL PRINCIPIO DE LIBERTAD Y DEL ESPÍRITU DE REVOLUCIÓN.

## DICTAMEN

de D. Antonio Alcalá Galiano á propósito de un artículo de Mr. Milsand sobre el mismo asunto, publicado en la *Revue des Deux Mondes* de 15 de Abril de 1862 (leído en la sesión de la Academia de 20 de Mayo de 1862.)

En el número de la *Revista de Ambos Mundos*, correspondiente al día 15 de Abril del corriente año, hay un artículo de cortas dimensiones, aun para las que suelen tener las del mismo periódico, pero de no leve importancia, tanto por su valor intrínseco, cuanto por el origen de que procede, y la época en que ve la luz pública. Es el argumento del artículo á que se refiere el que, en desempeño del encargo que se sirvió darle la Academia, pasa ahora á exponer su opinión á este ilustre cuerpo nada menos que examinar, aunque muy por encima, la diversa índole del principio de libertad y del espíritu de revolución, cosas por muchos consideradas como unidas desde 1789 hasta el punto de formar un conjunto donde han venido á quedar inseparables. Dejando apártela idea, que á veces llega á ser preocupación, deque no es posible encerrar

grandes cosas en pequeño espacio, y conviniendo por un lado en que es factible, si bien difícil, hallar solución satisfactoria á cuestiones graves en pocas razones, y por la parte opuesta, en que, tratando con precipitación y de un modo superficial importantísimas materias, hay peligro y casi seguridad de no tratarlas con todo el acierto debido; todavía en el artículo de que se va ahora aquí hablando hay puntos dignos de la mayor atención por lo bien presentados y examinados y resueltos, pero es en él lo principal ser obra de un francés, y francés de una de las secciones de la escuela liberal, en la cual es raro pintar ó ver las cosas bajo otro aspecto que el mas favorable á las doctrinas y prácticas revolucionarias.

En efecto, la confusión del principio, ó aun del interés, de la verdadera libertad con el de la revolución reina en casi todos los aprobadores que lo son ciegos de las ideas dominantes en Francia en 1789, reducidas á práctica por la famosa Asamblea Constituyente. Difícil será encontrar quien no sea, ó parcial acalorado, ó acérrimo enemigo, no solo de todo cuanto hizo, sino de todo cuanto pensó y proclamó aquel cuerpo, que contaba entre sus principales miembros hombres de la mayor ilustración; honrados, celosos, llenos de fe, por esto mismo un tanto arrebatados y fanáticos, inexpertos y algo imprudentes; admirables en lo que acertaron, y en lo que erraron peligrosos por demás y aun funestos. Los vehementes censores de los principios y actos de aquellos legisladores han sido por lo común hombres dados á ensalzar y defender el principio de autoridad llevado á veces á loco exceso, de lo cual hay raras excepciones, pues hasta el inglés Burke, sino en la sustancia en el modo, y dejándose arrebatado por la violencia de su natural, y por las singularidades de su estilo, llegado á punto de que la forma influyese en el fondo de sus pensamientos hasta alterarle, vituperó á aquel cuerpo y á sus miembros infinitamente mas que lo debido, y con este yerro debilitó sus agudas y asimismo juiciosas reflexiones. Pero de

los parciales de la libertad, raro era, á lo menos entre los franceses, quien no admirase sin restriccion á los llamados constituyentes, y no glorificase á la par sus personas y sus doctrinas.

- Bien es cierto que concurrían con ellos en la alabanza otros hombres no muy apasionados de la libertad política, ni aun de la civil, pero, si, amantes ardorosos de la igualdad, de la caída de los privilegios, y de muchas de las grandes innovaciones que la revolución de Francia trajo consigo, como nacida de la teórica que se habia estado durante algunos años promulgando por boca de numerosos predicadores. Y así es que los promovedores de la caída del Gobierno popular en Francia en 1799, los elogiadores del despotismo del Consulado y primer Imperio, los aprobantes de la disolución del Cuerpo legislador y de la Constitución republicana por Luis Bonaparte en 1804, y los defensores de los actos de este gran personaje como Príncipe Presidente, y Emperador, con el nombre de Napoleón III, poco ó nada dicen en descrédito de los que es uso apellidar inmortales principios de 1789 y antes pretenden que de ellos es el poder imperial y el sistema de que éste es representante y cabeza la realización mas completa, ó dígasela única buena reduccion á práctica de su teórica, y por consiguiente su mas sólido fundamento y seguro amparo. Y si algunos escritores como Capéfigue y Grenier de Cassaguac, al volver por la causa del presente imperialismo, lo hacen vituperando la revolución, y defendiendo la forma antigua de la monarquía francesa, sus escritos desfigurados por verdaderos desvarios están tenidos en poco precio. Los mas entre los adictos al Gobierno derribado en 1848, y á toda forma política que en su esencia viene á tener el mismo carácter, ya sea la carta de 1814, ya la de 1830, ya en fin otros ensayos de monarquía ó república moderada, donde la autoridad no goza del poder absoluto del todo, ó casi absoluto, también dan culto á los hombres y cosas de 1789, mirando-

los como fundadores de la libertad en Francia, á la par que destructores de los privilegios y de la desigualdad de clases. En prueba de ello traen testimonios incontestables de documentos y leyes que hacían á los franceses tan libres cuanto cabe serlo, pero no atienden á una circunstancia, y es que, si tal era (como lo fué sin duda), la intención de aquellos esclarecidos varones, los medios por ellos escogidos para lograr su intento no hubieron de salir los mas acertados, pues el consorcio de la libertad con el principio de la revolución nunca fué perfecto ni produjo cabal avenencia, y que en los dos escandalosos divorcios parados en quedar solo y suelto el principio revolucionario, la opinión pública, si no en general poco menos, se mostró y se ha mostrado satisfecha, dejando á la malhadada libertad en triste situación y solo consolada por pocos, aunque leales y fervorosos, amigos. Estos, sin embargo, adelgazando el ingenio, reflexionando y estudiando, van llegando, si no todos ellos ciertamente en algún número donde suple la calidad por la cantidad, á conocer que algo habia errado en la teórica de 1789, y que tal error vició desde luego la revolución y ha seguido viciando los sistemas de ella nacidos, de manera que muchas de las reformas necesarias, útiles, en alto grado loables, hechas por la Asamblea Constituyente, pecaban por lo falso de las máximas doctrinales de que eran deducción, y siendo ellas buenas en sí, contenían sin embargo algo que, al ir las reduciendo á práctica habia de producir, entre buenos efectos, otros de índole muy diversa y casi contraria. De los que así piensan, unos, tímidos aun para resolver en su fuero interno, ó para osar decir lo que ya piensan, meramente sueltan algunas ideas cuyas consecuencias, ó callan, ó se resisten á sacar; recelosos de ofender á los ídolos que adoraron, y á que todavía continúan prestando culto. A esta clase corresponde Guizot, & ella correspondían Rover Collard, y aun Tocqueville, el primero entre los pensadores modernos en materias políticas ó constitucionales.

A otra clase de personas de mas atrevimiento pertenece Mr. Milshand en el artículo que dá motivo á las presentes reflexiones.

Ya un autor, sin duda de la escuela liberal, aunque de la moderada, Leoncio de Lavergne, á pocos segundó como escritor político, habia tenido el arrojo de calificar en términos de durísima reprobación el afamado antiguo folleto del clérigo Sieyes cuyo título es: *Quest ce que le tiers ¿tai*. ¿Qué es el estado llano? Y no sin motivo se llama aquí arrojo tal censura, porque el folleto de Sieyes fué el catecismo de la revolución y de los revolucionarios, desde luego admirado, productor de los mas prodigiosos efectos, y constantemente citado después con aplauso, de modo que á su nebuloso y desabrido autor, no obstante la poca fortuna de sus proyectos como legislador práctico, ha mantenido en un crédito, en sentir de quien esto escribe, monstruosamente desproporcionado, por lo favorable, á su verdadero valor, y que, á pesar de algunas desaprobaciones hasta burlonas como las de Mr. de Barante, le ha valido alabanzas no solo «le Mr. Thiers, cuyo amor á la libertad, nacido mas de la reflexión que de naturales afectos é inclinaciones, cede al que profesa á la revolución, sinode Mr. Miguet, mas moderado revolucionario aunque de la misma escuela. Así menospreciar á Sieyes, á lo menos en su célebre escrito, equivale á negar la fe revolucionaria y esto, que en un defensor de la autoridad sería natural, y por serlo haria poco efecto, en un hombre de opiniones favorables á la libertad y aun al poder popular, en cuanto sirve de amparo y fianza a la libertad y no de usurpación del despotismo para ejercerle, significa mucho. Mas significación tienen las pocas páginas de Mr. Milshand que dan motivo á este aun mas breve trabajo. Es el objeto de ellas, ó, por decirlo con mas propiedad, dá motivo á ellas un tomo de la *Historia de la revolución de Francia* por Luis Blanc, y de la tal obra la parte dedicada á tratar del carácter y hechos de Robespierre, á quien defiende de sus con-

trarios y justifica y ensalza sobremanera el historiador hasta hacer de él un filósofo admirable, un varón de singular virtud, y, si fuese lícito emplear tal calificación, un Santo. No participa de esta opinión Mr. Milsand, pero, sí, admite en cierto grado la justicia de la defensa hecha del terrible revolucionario por su admirador, y se muestra mas favorable á Maximiliano Robespierre que lo que, en sentir de quien esto escribe, es debido. No por esto llega á celebrar al célebre tribuno ó decenviro, pues antes bien se le declara contrario, siendo solo la diferencia entre él y aquellos á quienes Luis Blanc combate que Milsand, sin negar en el objeto de la disputa ni lo cruel, ni hasta cierto grado lo hipócrita, no le juzga de lo mas extremado en crueldad ó en hipocresía, viendo en él, mas que otra cosa, un fanático temible. Y como su fanatismo es lo que en él le parece peor, de aquí pasa, como es natural, á desaprobare y vituperar la fe que tal fanatismo produjo, y aprobar lo peligroso y lo abominable de unas doctrinas. y de un modo de pensar y obrar que, según los tiempos, suscita y pone en movimiento, y encumbra y arma de fuerza, ya á inquisidores de la fe, ya á autócratas, ya á tribunos; diferentísimos entre sí en los nombres que llevan, en la doctrina por que abogan, y en el origen de que salen y sacan sus derechos; iguales empero en lo tiranos.

Mr. Milsand ve el principio revolucionario encarnado en Robespierre que en él tenia fe vivísima, y con arreglo á él procedía, y del carácter y conducta del devoto saca la consecuencia de lo que es la doctrina puesta en práctica, y de aquí va deduciendo los yerros y culpas de la revolución de Francia, cuyas erradas máximas hoy todavía dominantes son obstáculo poderoso al establecimiento de la libertad. Bien es cierto que el crítico francés conoce y confiesa que es falta añeja de sus compatriotas dar mucho á la autoridad, esperar de ella los bienes, atribuirle los males, y hasta sentir pesar, y mostrar disgusto cuando la encuentran ó tibia ó perezosa, si

bien no le escasean en tiempo alguno censuras por lo común acompañadas de burlas mas ó menos amargas, aunque en la apariencia ligeras. Hasta á la literatura extiende el censor esta reconvención, pues representa la de su patria demasiado regular y acompasada, obediente á disciplina, y apasionada á *artes poéticas* á que da autoridad superior á lo debido, ó á lo que en otros pueblos es común dar á códigos de leyes literarias. En suma, Mr. Milsand pretende que la libertad, en su sentir, según parece, preferible á otra cualquiera ventaja, aunque exenta de inconvenientes, á pesar de ellos debe empezar por los pensamientos y actos del individuo, é ir de aquí ascendiendo hasta dar el Estado toda cuanta es compatible con el orden, y no mas, al paso que, según el principio revolucionario aun la libertad resulta que está como impuesta por el Gobierno, regulador de casi todas las acciones y aun de las ideas de los subditos que componen el pueblo soberano para formarle, y, que ya formado, se complacen, no puramente en prestarle obediencia, sino en tenerle por maestro y guía.

Muchos dirán (y con razón) que no es la revolución de 1789 el único culpado en Francia de haber dado y conservar tanto poder al Gobierno sobre los individuos y al Gobierno central sobre todo cuanto en Francia se hace, no sin intentos de influir poderosamente hasta en todo cuanto en Francia se piensa. Lo añejo de este mal está probado por Mr. de Tocqueville, en su admirable obra (por desgracia no concluida) sobre la revolución y el régimen antiguo de gobierno de su patria; pero Mr. de Tocqueville, si no conviene del todo en que la revolución agravó la arraigada dolencia, no puede pretender ni pretende negar que no la ha curado. Ni podia ser otra cosa. Juan Jacobo Rousseau era el oráculo de la revolución de Francia y el elocuente ginebrino, con superiores dotes intelectuales pero con instrucción escasa, no concebía el Gobierno popular sino como absoluto ó poco menos.

La misma Asamblea Constituyente, amante por demás de

la libertad, por circunstancias desgraciadas, y también á veces por culpa propia, hubo de proceder despóticamente, y también hubo de ceder al despotismo sobre ella ejercido por las turbasen no pocas sediciones. La Convención agravó el mal hasta lo sumo, y, si en parte lo hizo forzada á arrogarse la dictadura y hacer de ella uso contra enemigos externos é internos, lo hizo en otra y no menor parte para la realización en hechos de la doctrina filosófico-política de que eran sectarios y vinieron á ser apóstoles los hombres que en aquel Congreso predominaban. Los Gobiernos que fueron sucediéndose en Francia, salvo en el breve plazo corrido desde el 13 de vendimiario del año III, al 18 de fructidor del año V (6 de Octubre de 1195 á 4 de Setiembre de 1191) todas fueron dictaduras. La del general Bonaparte con título de primer Cónsul, tan completa en lo absoluto de su poder, cuanto la que mas, por lo mismo que fué ejercida con frecuencia en general provecho, y que, hasta en sus excesos, contó con la opinión pública en su favor, acreditó todo cuanto es contrario á la libertad, de la cual, ó de lo que por ser ella pasaba, estaba el pueblo francés horrorizado, y asimismo cansado. Entonces, aprovechando la ilustración del siglo, fué creada la máquina de gobierno llamada administración; máquina cuyo juego en muchos casos provechoso á los gobernados es casi siempre cómodo ó agradable á los gobernantes; pero cuyo efecto infalible es ejercer en los caracteres de los individuos perniciosísimo influjo. De aquí, si no imposibilidad, dificultad enorme, no ya de afianzar la libertad verdadera, sino aun de asentarla.

No se crea que arrastrado quien tiene la honra de dar á la Academia el presente informe por sus opiniones particulares, abulta estos inconvenientes de la revolución de Francia en su relación con la libertad que trató de traer y de cierto no ha traído al pueblo francés, cuya sujeción al yugo de su gobierno es voluntaria, y hasta esta acompañada de cierta satisfacción en los mas, si bien con excepciones mas respetables que nu-



merosas. Es de admirar leer naciendo de un amante sincero y celoso de la libertad, como aparece serlo Mr. Milsand, frases como las siguientes:

«Creemos que nunca hay exceso en hablar contra las ilusiones, hoy todavía corrientes, que ligan con lazo indisoluble la idea de la revolución con la de la libertad. Sin duda ha sido frecuente echar en cara á los hombres de 4T93 lo ilegítimo de los medios de que se valian, y no han faltado buenos entendimientos que hayan puesto en realce las funestas consecuencias de aquellos procedimientos revolucionarios, demostrando cumplidamente como la intimidación y violencia de que la república esperaba sacar su triunfo sirvió solo de hacerle contrarias las almas, á punto de llevar á olvidar los abusos de la monarquía antigua, y como las resultas evidentes de tal política fueron amoldar el pueblo á la servidumbre, quitarle su fe en la libertad, y habituarle á desconflar de las magistraturas representativas y congresos de origen y esencia popular como de engañosas apariencias de que eran de esperar aumentos de tiranía. Pero lo malo cabalmente es haberse quienes así hablaban ceñido á vituperar los excesos é incriminar el método de la revolución, creyendo y dando á entender que su única culpa fué haber errado en el modo de proceder, y carecido de buen juicio, y que, si estuvo des- acertada al escoger los medios, el espíritu que la animaba en sus intenciones era bueno, siéndolo de libertad y de progresos, y el que un día ha de llevar, porque es el único que puede, al goce de la libertad verdadera. No es así porque al revés el espíritu de la revolución era malo y ha sido equivocación esencial considerarla en el riguroso sentido de la palabra, y aun en todos sentidos, como principio de una era nueva.»

Aquí el escritor francés sigue á Mr. Tocqueville, al cual cita en seguida copiando de su obra sobre la revolución y el régimen antiguo de gobierno, algunas frases.

Y ya mas arriba dejaba dicho, pintando el principio revo-

lucionario que reprueba que si « el dogmatismo, la moral encaminada á buscar el bien público á cualquier precio, y la política que usa de la fuerza llevan consigo la idea de una culpa ó extravío de que son responsables los hombres, pues tienen su libre alvedrio para no incurrir en tal pecado, hay algo peor que el delito de desatinar y cometer injusticias, y esto peor es la enfermedad que incapacita conocer todo cuanto es razón ó justicia, y ia desdicha de ser de una naturaleza incompleta que no puede querer algo ni pensar algo, sin que le embargue todas las facultades el embebecimiento causado por su atención á lo presente, robándole el alma para ponerse en lugar de esta, y haciendo de un ente al parecer hombre una máquina; cosa inerte que no puede menos de ir según y donde su director y amo la empuja.

Grandes y útiles doctrinas encierra el juicio que acaba ahora aquí de exponerse y bien merecen ser meditadas por los pueblos que atienden á las materias políticas y por los hombres dedicados á estudiarlas para sacar de ellas enseñanza propia, y lecciones que dar á sus compatriotas y al mundo.

Sin duda el dar ensanche y desahogo al pensamiento, y mas todavía á los actos de los particulares, contiene peligros y no leves. Con razón advierte el periódico inglés titulado *Revista de Edimburgo*, en su último número (Abril del año corriente) al tratar de las obras de Mr. Dupont White sobre la centralización (que en parte alaba, aunque en mas puntos as reprueba) y de otro folleto de Mr. Odilon Barrot en sentido contrario, que la descentralización y toda cosa en que el Gobierno hasta cierto punto deja campo y soltura á las acciones de los individuos son materias en que la mayor ó menor bondad en la práctica de los métodos opuestos depende de la calidad de los pueblos á que han de aplicarse. La ignorancia ha menester maestros, como los ciegos ó tullidos han menester que los guien ó lleven para moverse. Hay algo parecido á menor edad en los cuerpos ó sociedades llamados naciones, y

sa caso tal es indispensable la tutela. Pero la tutela de los menores tiene su término forzoso, la ignorancia cesa cediendo al estudio, á la buena doctrina predicada, y al ejemplo, y la ceguera ó parálisis de los hombres mirados como entes racionales no es incurable, pues acaba con ella una medicina diestra y valiente. Bueno es al tratar de cualquiera serie de actos humanos y dictar para ellos reglas, hacerse cargo y enterarse cumplidamente del fin á que han de ir encaminados, pues así, y no de otro modo, se señalan los caminos por donde conviene ir y el paso á que ha de andarse al dirigirse al apetecido paradero. Que este fin sea en política el de dar al hombre una crecida suma de libertad, y por consiguiente de responsabilidad ante Dios y también ante los hombres, es cosa que cree quien esto escribe. Un Gobierno sabio, firme, fuerte, con un sistema bien discurrido y arreglado, que á todo atiende y provee, lleva bien los negocios y suele dar á un pueblo paz dentro y poder afuera; bienes inestimables; pero donde hay mas libertad hay hombres de mas y mejor temple, cuyos actos dan de sí también la seguridad interior, y la grandeza en lo exterior, libertándolos del feo vicio de la servilidad, que así los hace dóciles á las violencias y amenazas de las turbas, ó á la usurpada autoridad y tiranía de advenedizos, como al yugo de otros poderes antiguos mas desconceptuados., pero no mas fatales, y es por esto mismo hasta mas temible en días de mudanzas y revueltas casi continuas.